

La necesidad de suspensión de la dialéctica

Filosofía, política e historia

Lucía Álvarez Alfonso

Licenciada en Filosofía (2007/08-2011/12) y Máster en Pensamiento Filosófico Contemporáneo (2012/13) por la Universidad de Valencia. Actualmente cursando el máster para profesorado de Educación Secundaria en la especialidad de Filosofía en la misma universidad.

lucia_alva89@hotmail.com

El filósofo esloveno Slavoj Žižek nos ofrece uno de los análisis más lúcidos del pensamiento contemporáneo acerca del concepto de ideología, cuestionando la creencia imperante de que vivimos tiempos cínicos en los que simplemente las creencias ideológicas forman parte del pasado. Dejando atrás la concepción de la ideología en sí, que sería aquella que concibe una doctrina que distorsiona y oculta la verdad, y la ideología para sí, materializada en los aparatos ideológicos del Estado, nuestro autor manifiesta que actualmente la ideología ha culminado en un en sí y para sí; esto es, su tesis principal es que una fantasía ideológica hegemónica estructura las bases mismas de nuestra sociedad globalizada. No es que se imponga desde alguna especie de lugar privilegiado sino que actúa en nuestra relación espontánea con el entorno social, es la manera de percibir los significados inmediatos.

Recordaba Žižek que para Benjamin el capitalismo es una religión, lo cual quedaría reflejado en las maneras de pensar y de actuar que gozan de hegemonía en nuestras sociedades. En este sentido, la clásica teoría marxiana del fetichismo de la mercancía continúa siendo operativa en la actualidad para comprender los presupuestos implícitos de las prácticas sociales, totalmente orientadas al consumo. Paradójicamente, la realidad es en buena parte virtual porque está compuesta por representaciones y significados que asumimos inconsciente y espontáneamente. En este punto, las relaciones de dominación tradicionales entre las personas (amo-esclavo, rey-súbditos) se tornan invisibles e indirectas en las relaciones de intercambio de mercancías, que ahora totalizan la realidad.

En las democracias liberales capitalistas se asume que cada individuo es libre y responsable para la adquisición de bienes, por lo que el dinero es la forma de mercancía por excelencia, que participa de una sustancia inmutable, la forma de libertad moderna. La democracia se vacía entonces de significado, si es la economía la que decide sobre la libertad de las personas y no al contrario; si la política pierde su sustancia y se pone al servicio de la economía. El mandato simbólico en nuestras sociedades es aquel que insta a consumir y no deja opción a no hacerlo, porque los intereses plutocráticos son los que cuentan con poder fáctico.

Las mercancías, como había señalado ya Marx, no son meramente objetos de consumo sino que también remiten siempre a una trascendencia invisible; cuentan con un plus, hay “algo” en ellas que las hace deseables.

La cuestión de fondo es la fantasía ideológica como soporte fundamental de la realidad social, pero a la que le es inherente un núcleo imposible, vacío de significado. Žižek se ayuda de los estudios de Lacan sobre la lógica del deseo y el funcionamiento de la psique para realizar su crítica de la ideología, en vistas a trazar un paralelismo útil para el análisis entre el objeto de deseo y el sublime objeto de la ideología.

Según Lacan, en la lógica del plusvalor marxiana ya se anunciaba lo que sería la lógica del plus de goce, cuando Marx decía en el tercer volumen de *El Capital* que el límite de la producción capitalista está en el propio capital. El “plus” apunta a aquello que hay en el valor, en el goce o en el significado que va más allá de ello, que es indescriptible pero que sirve de punto estable de referencia. La lección que subyace al estudio de Ernesto Laclau del significante vacío es que los elementos de una ideología nunca tienen significado por sí mismos y cuando se les concede en el proceso de “acolchado” (en el que un significante amo aporta significado retroactivamente a la red de significantes “flotantes”) ya está creándose la fantasía ideológica, pues lo característico de este proceso para aportar significado es que se borra el recorrido para crear la ilusión de que el significado estaba ahí desde siempre.

En esta línea debe entenderse a Walter Benjamin como un filósofo revolucionario: Benjamin da cuenta de la falta de necesidad y de dirección progresiva del relato histórico dominante u oficial, al tomar en cuenta un núcleo no histórico inherente a la historia, un núcleo no temporal en el tiempo. Los saltos superadores dialécticos de la historia ni habrían sido siempre superadores ni contarían con la predeterminación de que fuesen a cambiar hacia algo mejor. Si a toda ficción le corresponde un núcleo real, como a la historia un núcleo no histórico, la tarea crítica debe consistir en apuntar a ese lugar fundamental para realizar un reajuste de relatos que aporte sentido a lo oprimido en el pasado, así como para disputar la hegemonía a la ilusión ideológica que caracteriza nuestras sociedades posmodernas.